



El Cronopio

Boletín de cultura científica
de la Sociedad Científica
Francisco Javier Estrada

Contacto:
flash@ciencias.uaslp.mx



Museo de Historia de la Ciencia



Sociedad
ESTRADA

Ignacio Aguilar y Marocho, catedrático de física del Colegio Guadalupano Josefino

J.R. Martínez

Una vez lograda la independencia de México se instalaron centros de educación en varios puntos del país, algunos de ellos de suma relevancia, como el caso del Instituto de Ciencias, Literatura y Artes de la Ciudad de México creado en 1826, de vida efímera pero que reunió a los más importantes hombres de ciencia y artistas a fin de estimular el trabajo conjunto y lograr la perfección de las ciencias, la literatura y las artes, del cual figuraron como socios corresponsales por San Luis Potosí, Ildefonso Díaz León y el Coronel D.N. Graces.

La educación elemental pública estuvo totalmente descuidada por la corona española en San Luis Potosí, y comenzó a desarrollarse de manera incipiente al despuntar el siglo XIX. Si esa era la situación para la educación de primeras letras, la educación secundaria estaba totalmente ausente.

El proceso de emancipación iniciado en 1810 cambiaría ese estado de cosas. En el caso de San Luis Potosí se hizo patente la necesidad de impulsar tanto la educación elemental, como la educación secundaria o superior, a fin de formar profesionistas en amplios campos del saber para satisfacer las necesidades que la nueva nación demandaba. Por educación secundaria, tal como se manejaba en la época, se entiende estudios preparatorios y profesionales, o sea estudios superiores. De esta forma se fue gestando la creación de instituciones de educación secundaria.

En 1826 bajo la gubernatura de Idelfonso Díaz de León, primer gobernador de San Luis Potosí, se formó el Colegio Guadalupano Josefino. Díaz de León que como hemos indicado participaba como corresponsal por San Luis Potosí del Instituto de Ciencias Literatura y Artes de la ciudad de México, y que había realizado estudios superiores en Zacatecas, jugó un papel determinante en la creación del Colegio Guadalupano Josefino, que en el nombre llevaba de cierta forma la tendencia religiosa que caracterizaba a las instituciones de educación. En dicha institución se instauró la primer cátedra pública de física en la ciudad, lo que sucedió en el año de 1827, junto a las cátedras de matemáticas, gramática castellana, francés y dibujo; estos cursos junto a los de lógica, metafísica, moral y geografía se cursaban en los últimos tres años preparatorios, los alumnos que cursaban estos cursos llevaban como uniforme una beca de color azul.

El Colegio pasó por periodos de crisis económicas debidas a las diversas revueltas que se sucedían en el país, y en particular en San Luis, por lo que algunas de sus cátedras quedaron suspendidas, entre ellas lo más seguro es que estuviera la cátedra de física, pues en 1831 se anunciaba que se reabrían sólo las cátedras de gramática, filosofía, teología y jurisprudencia. Por si fuera poco, a los pocos años apareció la epidemia del cólera morbus obligando a la suspensión de labores en el Colegio. Para fines de dicha década quedó clausurado el Colegio,

mientras se organizaba una comisión para conseguir fondos que ayudaran a la reconstrucción del edificio, así como la compra de libros para la biblioteca.

Primeros profesores de física

El Colegio se reabrió comenzando la década de los cuarenta del siglo XIX, para ser suspendido nuevamente en 1854. Durante ese periodo se siguieron impartiendo las cátedras, entre ellas la de física, donde figura como profesor un licenciado, de los primeros que se tiene noticia, Ignacio Aguilar y Marocho.

Ignacio Aguilar llegó a esta ciudad procedente de Guanajuato, que algún tiempo después figuró en primera línea entre los hombres prominentes del partido conservador. Vino a dirigir un negocio relativo a su profesión y trajo recomendaciones de notables personas de Guanajuato y Michoacán. Vivió en San Luis mucho tiempo. Desempeñó cargo en el gobierno de Juan Valentín Amador, quien lo nombró secretario del despacho el 3 de febrero de 1844. Él dio en varias ocasiones en el Colegio Guadalupano Josefino las clases de física y astronomía, sin remuneración alguna.



IGNACIO AGUILAR Y MAROCHO

Uno de los entonces alumnos del Colegio y que jugara posteriormente un importante papel en el desarrollo de la física, fue Gregorio Barroeta, donde se sabe que en 1847 como alumno del Colegio se referían a él, como era la costumbre en el Colegio de anteponer a su nombre el Don, mencionándolo como Niño Don Gregorio Barroeta.

Barroeta, hombre de ciencia que en su momento se encargara de la cátedra de física en el ya Instituto Científico y Literario de San Luis Potosí y Director del Observatorio Meteorológico del mismo, sería alumno de física de Aguilar y Marocho.

En 1852 el Lic. Ramón Adame, gobernador en turno del estado, mandó se abriera el Colegio Guadalupano Josefino después de un periodo de crisis, durante el que se entregó el Colegio a la Mitra de Michoacán, y como atribución del gobernador nombró profesores, quedando como profesor de matemáticas el rector José Ma. Guajardo, para física, geografía y astronomía quedó el Lic. Ignacio Aguilar y Marocho. Aguilar fue llamado a México por el presidente Santa Ana, para encargarse de la secretaría de estado y del despacho de gobernación y entró en su lugar a dar clase de física el Lic. Francisco Pineda.

No es de extrañar la presencia de licenciados, o abogados, en las cátedras de física durante este periodo. Por lo regular su educación era muy amplia y en determinado momento cursaban la filosofía, que de alguna manera incluía temas de física, además que era común que algunos de los jóvenes en formación se inscribieran en cátedras particulares, aprovechando el conocimiento de algún facultativo o persona ilustrada, para complementar o ampliar su formación.

La presencia de licenciados en el desarrollo de la formación en física, es un acontecimiento recurrente en el país, principalmente en el siglo XIX, su actuación en general fue destacada, y pueden mencionarse muchos ejemplos de personajes a lo largo y ancho del país. En particular, Eduardo Prado que escribiera un libro de física con el título de mecánica analítica, con métodos muy actualizados para la época y de un nivel notable; Prado es considerado uno de los científicos brillantes de México por la comisión francesa que evaluó la ciencia en México a principios del siglo XX. Entre los personajes que menciona de manera muy especial, en el reporte, se encuentra además de Eduardo Prado, Manuel Andrés del Río y el potosino Valentín Gama. Eduardo Prado, abogado que enseñara física en el Colegio Militar y en la Escuela Nacional Preparatoria, de donde egresó, recibió junto a Valentín Gama el nombramiento de Doctor Ex Officio en la inauguración de la Universidad Nacional de México en 1910.



Doctores honoris causa en la ceremonia de inauguración de la Universidad Nacional de México

Otro par de casos de licenciados que incursionaron en las ciencias, lo son Melchor Ocampo, compañero de Aguilar y Marocho en el Colegio Seminario de Morelia y el también compañero de Aguilar y Marocho, Manuel Díez de Bonilla Ministro igual que Aguilar en el gobierno de Antonio López de Santa Ana, que al derrocamiento de su gobierno el pueblo enardecido atacó su casa destruyendo sus pertenencias, entre ellas un gabinete de física que tenía en su casa.

Ignacio Aguilar y Marocho nació en Valladolid, hoy Morelia, el 15 de septiembre de 1813. La escasez de escuelas públicas dotadas por el gobierno propició que estudiara las primeras letras en una escuela particular. En 1825 inició su carrera literaria en el Colegio Seminario. De 1825 a 1831 estudió gramática latina, lógica, metafísica, ética, matemáticas y física, destacándose como un alumno sobresaliente en todas ellas. En 1833 era catedrático de lengua española, enseñada por primera vez en aquel establecimiento. En 1834 abrió un curso de filosofía que concluyó en 1836, presentando discípulos muy aprovechados en las materias que enseñó. De 1837 a 1838 enseñó en Morelia matemáticas, física y geografía a otros discípulos que también fueron aprovechados y de 1839 a 1841 fue catedrático de jurisprudencia civil. Por ese tiempo Aguilar y Marocho combinaba el cultivo de las letras haciéndose conocer en público por algunas poesías líricas, con los temas de ciencias y en particular la física y matemáticas y, por supuesto su desempeño en el bufete en el ejercicio de la abogacía; lo que a principios de la década de los cuarenta decimonónicos lo llevó a San Luis Potosí, en donde al poco tiempo se incorporó como catedrático en el Colegio Guadalupano Josefino, donde aprovechando su presencia se reabrió la cátedra de física. Esta actividad la realizaba de manera alterna con los trabajos en su bufete bastante acreditado y concurrido donde atendía asuntos forenses. Al parecer las cátedras que impartía no eran sufragadas. En este periodo se casó con la matehualense Josefa Aguirre quien posteriormente en la época del Segundo Imperio figurara como Dama de Palacio de la Emperatriz Carlota

Como hemos indicado Aguilar y Marocho deja la cátedra de física en San Luis Potosí para incorporarse como Ministro de Gobernación del gobierno de Antonio López de Santa Ana, hasta el derrocamiento del régimen, como era costumbre en aquella época, obligando a Aguilar a esconderse de la turba y de sus enemigos políticos. Cuando al fin fue dejado en paz por los nuevos gobernantes abrió de nuevo un bufete y se dedicó además a actividades periodísticas. Sin embargo, los vaivenes de la agitada política nacional, donde las visiones y proyectos políticos se dirimían a través de las armas, motivaba a que Aguilar y Marocho combinara en andar a salto de mata con la ocupación de puestos relevantes como juez de primera instancia de lo civil y magistrado de la Suprema Corte de Justicia, según el gobierno en turno. A principios de los sesenta fue nombrado miembro de la junta de notables que bajo el gobierno conservador se le encomendó el establecimiento de un gobierno mexicano, como consecuencia se propuso establecer un gobierno monárquico y constitucional y se proclamó como emperador de México a D. Fernando Maximiliano de Auspburgo, Archiduque de Austria. La regencia nombró una comisión de diez personas que fuera a Miramar a fin de presentar a Maximiliano los títulos de su elección. Uno de los nombrados fue Ignacio Aguilar y Marocho. Habiendo aceptado el príncipe Maximiliano la corona imperial, nombró a Aguilar y Marocho para que fuese a Roma como plenipotenciario del Imperio, y durante el periodo que duró en activo el Segundo Imperio ocupó diversos puestos diplomáticos en el extranjero como representante del imperio mexicano. Al regresar al país el Segundo Imperio estaba por caer y de nuevo tuvo que ocultarse. Tiempo después de haber estado preso fue dejado en paz y regresó al ejercicio periodístico en el diario la Voz de México, puesto que ocupaba cuando murió en 1884.



Aguilar y Morocho fue miembro de la Sociedad de Geografía y Estadística y ocupó la silla número doce como miembro correspondiente de la Academia de la Lengua Española. Su aportación a la vida académica y cultural del país, así como su participación en la formación de generaciones en temas científicos ha quedado de cierta forma relegada, en parte por su vocación conservadora e imperialista . Sirva este artículo para difundir su labor como pionero en la enseñanza de la física en San Luis y su papel en el desarrollo de las instituciones que precedieron a la Universidad Autónoma de San Luis Potosí.